

Democracia y melancolía

GERMAN DEHESA

No soy el primero en decirlo (y espero no ser el último). En este crepúsculo del segundo milenio —heredero de millones de muertos cuya rota voz es ahora la nuestra— las nociones de izquierda y derecha ya no se anclan en un discurso ideológico, ni en una ortodoxia textual, ni en los paraísos o utopías de la redistribución de la riqueza. Tal parece que la cuestión —en apariencia— se ha simplificado enormemente. Enunciémosla así: ser de izquierda es pugnar por la democracia; ser de derecha es descreer de la democracia. ¿Así de simple? Así de simple. Por lo menos como propuesta y como práctica cotidiana. Con el desplome del socialismo real, la democracia se nos presenta como el último paradigma occidental capaz de contener los valores que lentamente ha ido destilando occidente: humanismo, tolerancia, compasión, respeto a la diversidad, derecho a la belleza, al trabajo, a la salud y al conocimiento. Mientras pienso y enuncio estas palabras, percibo dos cosas —la primera, obvia; la segunda, melancólica. Son palabras hermosas como viejos y frondosos árboles y muy probablemente en el ámbito en que están siendo pronunciadas, serán palabras inútiles. Mal haría si no dijera que no tengo ninguna buena razón para creer en un Plan Nacional de Desarrollo que, a marchas forzadas, quiere darle cauce y previsión sexenal a un gobierno y a una realidad que en 20 días nos mostraron palmariamente su incompatibilidad. Supongo melancólicamente que mi deber de ciudadano es colaborar con este mandato constitucional de elaborar el plan; pero no me hago muchas ilusiones. Con más de 8 sexenios de vida, puedo afirmar que jamás he visto ni la eficacia, ni el cumplimiento de los múltiples y magnos planes de gobierno que cíclicamente inventan y reinventan al país. Ya Abel Quezada mostró insuperablemente la barroca y mexicana inutilidad de los planeadores. Nada más por variar, me gustaría que en el último semestre de algún sexenio de éstos, nos reunieran a los que fuimos convocados para opinar sobre la elaboración del Plan, y todos juntos revisáramos si se cumplió, si sirvió para defender y conducir a nuestra Nación, si el Ejecutivo se atuvo a él; si permitió una amplia mejoría de vida y, de resultar esto total o parcialmente negativo, enfrentar ese inédito momento de la vida política mexicana en el que por fin habremos de fincar responsabilidades: ¿falló el Plan?, ¿fallaron los planeadores?, ¿falló el Sistema cuyo compromiso era el cumplimiento de ese Plan?, ¿lo modificó en el camino?, ¿por qué razones?... Sin estos mecanismos de control; sin esta posibilidad de evaluar y fincar responsabilidades, éste y cualquiera de los planes que fueron en el pasado y serán en el futuro, no pasarán de ser entretenimientos retóricos; expedientes que se llenan a vuelapluma; coartadas para el turismo burocrático; refrendos de la importancia que mutua e inocuamente se confieren el gobierno y los elegidos. Trampas de la falta de fe. Como verán, mi actitud no es particularmente entusiasta, ni cooperativa. Estoy aquí porque he tenido la rara oportunidad de trabajar en todos los medios de mi país: televisión, cine, teatro, prensa, publicidad, radio, café-concert y alcoba conyugal. De este último no me ocuparé hoy; nada diré tampoco del cine mexicano de cuya existencia verdadera dudo cada día más. De hecho, quiero detenerme sólo en dos medios —la televisión y la radio—, y mirarlos desde un virtual horizonte democrático. El panorama que se contempla es enormemente adverso. Las posibilidades de democracia en ambos casos están viciadas de origen. Ignoro si en alguno de los planes anteriores (digamos de Tuxtepec para acá) se ha incluido este tema de "Democracia y Medios de Comunicación". Si la respuesta fuese afirmativa, estoy en posibilidad de decir que, por lo menos en este rubro, esos planes han fracasado. Lo que el pasado y el presente nos muestran es una complicidad (ésta sí perfectamente planeada) entre un gobierno que, abierta o solapadamente, controla a los medios, y unos medios que dividen a partes iguales sus afanes entre servir al gobierno y hacer negocios. Todo comienza con la "concesión" (ya la palabra misma trae su buena dosis de servilismo); el gobierno "concede" a tal o cual ciudadano el derecho de emitir una señal radiofónica, o televisiva. ¿A quién se la concede?, ¿qué condiciones debe reunir el concesionario?, ¿existe algún proceso democrático que garantice la limpieza de este trámite? Lo ignoro. Ignoro igualmente si hay una legislación y una normatividad a este respecto. Lo que me consta; lo que reiteradamente he atestiguado es que en la práctica las "concesiones" son eso: dádivas del poder, decisiones palaciegas, premios de consolación para políticos en retirada y prenda de alianzas turbias entre el Sistema y negociantes urgidos de lucro y sin el menor compromiso con su comunidad. Lo que viene después, es el resultado natural de esta primera irresponsabilidad política: censuras sutiles o abiertas; ausencia de compromiso social; acumulación de fortunas; desentendimiento de todas verdaderas voluntad educativa (¡para eso está el Gobierno!) declaró Emilio Azcárraga quien, hace unos días, se autoproclamó "soldado del Presidente" en paradójico demérito del general Godínez), y una pertinaz voluntad que decide declarar inexistente a la molesta realidad. Hasta donde alcanzo a ver y con las raras excepciones de rigor, esto es lo que he visto y vivido hasta el día de hoy. Los resultados de todo esto son desoladores: una sociedad desinformada, desatendida, desnacionalizada, ineficiente por incomunicada y en pleno proceso de esquizofrenia por el desencuentro entre lo que ve y oye en los medios y lo que percibe en la vida diaria y en la tenaz voz de su tradición cultural. El recuento de los

daños podría ser mayor. Baste con éstos. Me gustaría que mis palabras no sonaran como la queja de un mártir de los medios. No lo soy. Tampoco me figuro como un adalid de la utopía. Ahora y siempre escojo hablar como ciudadano y manifestar mi fundada esperanza de que todo esto comience a cambiar. Los factores de cambio que alcanzo a percibir vienen desde la globalización que nos permite —por ejemplo— recibir por cable la información que los noticieros nacionales nos escatiman; desde la tecnología que ha condenado a la obsolescencia a los otrora eficaces mecanismos de control y sobre todo, desde la voluntad de una sociedad que, a partir del visible temblor del 85 y el invisible temblor del 94, ha aprendido el altísimo costo de la pasividad. No a nombre de esa Sociedad; pero sí desde ella quisiera decir que ya no soportamos un proceso comunicativo que nos reduce a meros receptores de una información sesgada y dosificada y de una programación que jamás ha sido sometida a una consulta y a una aprobación de esta sociedad (de no ser a través del muy monoseado y desconfiable mecanismo del *rating*). Es la emergente ciudadanía mexicana la que tiene que modificar el actual estado de cosas. Las comunidades crean lo que necesitan. Hoy más que nunca necesitamos un proyecto mexicano de comunicación si es que queremos que la globalización no signifique la empobrecedora muerte de la pluralidad; sino la concurrencia de la diversidad (ya Kant hablaba con entusiasmo de la "convivencialidad"). Además de su manifiesta justificación ética, la democracia en los medios implica en estos tiempos tan claramente signados por la adversidad, la única garantía de eficacia, de servicio y aún de la muy legítima rentabilidad.

Desde estas apresuradas consideraciones, me gustaría proponer una radio y una televisión que se entendieran prioritariamente como un servicio a la comunidad y como un factor coadyuvante a las finalidades del Estado; es decir, el bien común, los mecanismos de convivencia, la asistencia mutua, la oferta de trabajo, el acceso a la verdad y a la belleza y la recuperación de la idea de Patria. Los medios ya no pueden ser coto particular del Gobierno, o privilegio de unos cuantos negociantes (ni la resultante de la casi exclusiva interacción de estos dos factores). Todos ganaremos si creamos los mecanismos eficaces (consejos, manejo creativo de los tiempos oficiales, órganos consultivos, grupos ciudadanos) para que la Sociedad sea escuchada y tenga capacidad de selección y decisión con respecto a lo que quiere saber, a lo que quiere recordar, a lo que quiere imaginar y a lo que desea como futuro. Es mi buen deseo que algún día —de preferencia, anterior al año 2000— el único buen negocio en la comunicación consista en dar un buen servicio a la Sociedad. ¿Qué servicio? El que ella decida. Es todo.

Texto de la ponencia leída en Guadalajara, Jal., el 28 de abril de 1995, dentro del *Foro de Consulta Democracia y Medios de Comunicación para el Plan Nacional de Desarrollo*.